

## DIA XXVII.

## MARTIROLOGIO.

**SAN ALEJANDRO**, soldado, en Dricipara en Panonia, el cual en tiempo del emperador Maximiano, despues de haber padecido muchos tormentos por la fe de Jesucristo, y de haber hecho muchos milagros, habiéndolo degollado consumó el martirio.

**LOS SANTOS FILETO SENADOR**, LILIA SU MUJER, MACEDON Y TEOPREPIDES SUS HIJOS, en el mismo día.

**LOS SANTOS MÁRTIRES ANFILOQUIO CAPITAN**, Y CRONIDAS, ALCAIDE DE LA CÁRCEL, los cuales fueron martirizados por confesar á Jesucristo; *ítem.*

**LOS SANTOS MÁRTIRES ZANITA**, LÁZARO, MAROTAS, NARSETES Y OTROS CINCO, en Persia, los cuales en tiempo de Sapor, rey de Persia, sufriendo una cruelísima muerte, alcanzaron la palma del martirio.

**SAN RUPERTO**, obispo y confesor, en Salzbourg, el cual propagó maravillosamente el Evangelio en Baviera y en Austria. (*Véase su vida en las de este día.*)

**SAN JUAN**, ermitaño, en Egipto, varon de gran santidad, el cual lleno de virtudes y de espíritu profético, predijo al emperador Teodosio las victorias que había de conseguir contra los tiranos Máximo y Eugenio. (*Véase su vida en las de este día.*)

## SAN RUPERTO, OBISPO Y CONFESOR.

**SAN Ruperto**, á quien otros llaman Rudverto, uno de los mas célebres obispos que ha tenido la Iglesia, fué hijo de un señor francés, de antigua e ilustre prosapia entre los Francos. Consagrado á Dios desde su infancia, refieren de él varios autores, que fué un varon enteramente dotado de cuantas gracias naturales y morales distinguen á un espíritu brillante. Era de una gran bondad, de índole admirable, mucha dulzura y moderacion, de singular docilidad, corazon recto, de mucho amor por la justicia, y de una sabiduria y prudencia consumada; á todas estas bellas cualidades naturales daban mucho realce sus virtudes verdaderamente cristianas: su humildad, castidad, abstinencia, piedad, caridad, mortificacion y continuacion en las santas vigiliass, le hicieron muy respetable, y tan digno de ser elevado á las dignidades eclesiásticas, que á pesar de su humilde resistencia, habiendo vacado el obispado de Wormes, por universal consentimiento de todos los electores fué promovido á aquella cátedra.

Cuando Ruperto se vió colocado en la silla episcopal, no se creyó dispensado de continuar los ayunos, mortificaciones, vigiliass



S. RUPERTO, O.



y penitencias que antes practicaba, ni menos de sacrificar su vida en beneficio de las almas. Era muy pequeño el rebaño que el Señor había confiado á su cuidado, en medio de una ciudad, donde escedía sin comparacion el número de ídólatras, que llenos de preocupacion, seguian engañados las necias supersticiones del gentilismo, á cuya vista empleó su zelo y vigilancia en multiplicar el reino de Jesucristo por medio de su predicacion y continua enseñanza. Al logro de este fin contribuyó no poco el ejemplo de sus virtudes admirables; las que si cabe aumentó con heroísmo las que quedan referidas antes de su ascenso á la cátedra; pero sobre todo declarándose padre de todos los necesitados, tutor de los pupilos, apoyo de los débiles, y refugio de los injuriados, distribuía con indecible caridad todos sus bienes á los pobres, creyendo serle solo debida la desnudez.

Creció tanto la fama de su eminente santidad, no solo en la provincia, sino en las mas distantes, que de todas concurrían ilustres personajes con el fin de disfrutar su santa conversacion, sus saludables consejos, el de instruirse en la verdadera religion, y lograr consuelo en sus aflicciones.

Solo los infieles de su pueblo no se aprovecharon de una luz que parecia haberla puesto Dios entre ellos con mas particularidad, para que disipase las tinieblas de su idolatria. Como el partido de los paganos era mayor en número, apoyados del conde Bercario, no pudiendo sufrir la santidad de un hombre cuya inculpable vida era una continua reprension de sus desórdenes, despues de ultrajarle y azotarle con impiedad, le arrojaron ignominiosamente de la ciudad. Dos años anduvo errante el venerable obispo espulso de su amado rebaño; interin los cuales hizo viaje á Roma; donde recibido por el sumo pontífice con las mayores demostraciones de veneracion y honor, visitó los santuarios de aquella capital con el fervor y devocion propia de un corazon religiosísimo.

Supo Teodon, duque de Baviera, el ignominioso insulto que los gentiles de Wormes hicieron á su prelado; y habiendo oido hablar de su santidad y milagros, le envió ciertos diputados, rogándole se dignase pasar á sus estados á ilustrarles con la luz del Evangelio, mediante hallarse envueltos en las miserables sombras de la idolatria. Tuvo el Santo esta embajada por una vocacion de Dios que le llamaba para el cultivo de aquel país en la fe; mas para no hacer inútiles tan bellas disposiciones, envió delante á algunos de sus sacerdotes, á los que siguió poco despues: y entendido el duque de su venida, le salió á recibir con muchos señores de su corte á Ratisbona. En vista de las ansias y deseos de

los referidos, conoció que Dios había prevenido y preparado sus corazones con los auxilios de su gracia para que recibiesen la semilla del santo Evangelio, que las herejias y supersticiones sobrenvenidas habían sofocado despues que se predicó por los emisarios apostólicos en aquellas naciones, sirviéndose del instrumento de la princesa Ragintrude, hija del difunto duque Teodeberto, hermana de Teodon, á quien su padre había educado en la religion cristiana. Y despues que instruyó á la nobleza y pueblos del país en los rudimentos de la fe, tanto por sí mismo, como por buenos escogidos operarios, que llevó á esta amplísima mision, previno un ayuno general, bautizó á Teodon, á los señores de su corte, á los oficiales del ejército, y una multitud innumerable de bárbaros esclavones, y otros pueblos que siguieron el ejemplo de su señor.

Estos grandes sucesos le hicieron continuar con el mayor zelo y ardujamiento en semejantes funciones apostólicas; y confirmada su doctrina con muchos milagros, contribuyeron no poco á restituir enteramente la fe en aquellas provincias, casi enteramente muerta despues de doscientos años que S. Severino principiá á plantarla en ellas: los mismos frutos cogió en Norca, Rethia, Lorch, Laursac, ciudad célebre en tiempo de los Romanos, por entonces capital de la Baviera oriental, á la que llamamos hoy Austria, la cual en el dia es una pequeña poblacion sobre el Danubio.

Viendo ya tan crecido el número de los fieles y tan estenso el terreno que ocupaban, pensó elegir lugar á propósito para establecer su silla episcopal, y con efecto lo hizo en la antigua ciudad de Zuvave, arruinada por entonces, y reedificada despues bajo el nombre de Salzbouurg, la cual en lo sucesivo fué metrópoli de la Baviera de Austria y países hereditarios: dedicando la iglesia que construyó al Principe de los Apóstoles, ordenó en ella los oficios eclesiásticos, é hizo se celebrase con magnificencia el culto divino por ministros idóneos.

No satisfecho Teodon con apoyar aquel establecimiento y enriquecerle con cuantiosas donaciones, suministró á Ruperto los auxilios necesarios para que construyese otras iglesias y monasterios, entre los cuales fué célebre el que edificó en un yermo, donde refirieron personas verídicas haber visto repetidas veces luces celestiales por la noche, certificándolo así un presbítero de su confianza, enviado por el Santo para la inspeccion de aquel prodigio, indicio nada equivoco de ser voluntad de Dios se le tributasen alabanzas en aquel lugar.

Muerto el duque Teodon, dejó encargado á su hijo Teode-



berto, que auxiliase las intenciones del nuevo apóstol; y siendo este fidelísimo y religiosísimo príncipe heredero no solo de los estados, sino es de la piedad y zelo de su padre, empenó toda su autoridad en adelantar sus conquistas: para lo cual, advirtiendo el Santo que además de sus discípulos eran necesarios otros operarios, pasó á buscarles Ruperto en su país, y trajo consigo doce excelentes misioneros de los cantones del Alto Rhin, con su sobrina Sta. Erentrude consagrada á Dios, para la cual construyó un monasterio, en el que fué abadesa, donde gobernó con admirable prudencia y santidad un crecido número de religiosas.

Algunos escriben que despues de haber plantado la fe en todos los pueblos referidos, y desterrado de ellos las sombras de la gentilidad con el auxilio de los operarios apostólicos, dejó su cátedra en Lorch, de donde el papa Leon III, á solicitud del emperador Carlo Magno, la trasladó á Salzboung en el año 798.

Finalmente rendido de tan penosas como laboriosas fatigas, habiendo sacrificado á el servicio de Dios su vida, bienes, comodidades y reputacion, hizo saber á sus discípulos se acercaba la hora de su muerte, cuya noticia sintieron en el alma; pero le consoló con la promesa de que intercederia por ellos ante el tribunal de Dios, y habiendo nombrado por su sucesor á S. Vidal varon santo, principió á enfermar de una fiebre maligna en principio de cuaresma. Toleró con admirable paciencia los dolores de la enfermedad hasta Pascua de Resurreccion; y alentándose á celebrar en ella, fortalecido con el Viático, entregó su espíritu al Criador entre los brazos de sus discípulos en el día 27 de marzo por los años 647. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia que edificó en Salzboung; quiso Dios demostrar desde luego la santidad de su siervo por medio de repetidos milagros que obró por su intercesion, los cuales hicieron célebre su memoria en toda la Baviera Austriaca, y todo el orbe cristiano. S. Virgilio, uno de los sucesores de nuestro Santo, hizo la traslacion solemne de su cuerpo en Salzboung á una iglesia nueva que construyó en 24 de setiembre de 773; pero habiéndose quemado este suntuoso templo en el año 846, y renovado despues de cuarenta años, se ejecutó igual traslacion que la primera en 24 de setiembre de 882, cuya festividad se celebra anualmente por toda la diócesi de Salzboung con la misma pompa que el día de su glorioso tránsito.

#### SAN JUAN, ERMITAÑO.

**S**AN Juan de Egipto, uno de los mayores ornamentos del desierto, tan célebre por el don de profecía y por el resplandor



S. JUAN ERMITAÑO.



de sus virtudes, como venerable en toda la Iglesia, nació en Licópolis de Tebaida por los años del Señor de 330. Por la gran pobreza de sus padres se vió precisado á aprender el oficio de carpintero luego que tuvo edad para poder ganar la vida. Pero el Señor, que le destinaba para modelo de perfeccion de todos los solitarios, le inspiró tan gran deseo de pasar sus dias en el desierto, y de atender únicamente al cuidado de su salvacion por los santos ejercicios de oracion y de penitencia, que siendo de veinte y cinco años se despidió de su maestro, y se entregó á la disciplina de un santo anciano, que descubriendo en aquel mancebo una humildad extraordinaria y un singular espíritu de rendimiento, en poco tiempo le hizo adelantar mucho en el camino de la perfeccion.

Halló un dia el santo director en su huertecillo la rama de un árbol medio podrida; y plantándola en la tierra, mandó á Juan que dos veces al dia la regase hasta que echase raices y diese fruto. No se detuvo el obediente mancebo en discurrir sobre la extravagancia del precepto, ni sobre la imposibilidad de lo que se le mandaba, persuadido á que se obedece á Dios siempre que al superior se le obedece. Era violento el ejercicio, por ser preciso conducir el agua á media legua de distancia. Mas no por eso se dispensó Juan ni un solo dia en hacer lo que se le habia ordenado, sin detenerle ni el rigor del tiempo, ni la incomodidad de regar dos veces al dia un palo seco, ni el procurar mover con todas sus fuerzas una gran peña ó peñasco que el buen viejo le habia mandado menear. Asegura Casiano que esta ciega obediencia hizo á Juan en pocos años uno de los mas elevados contemplativos y de los mas santos solitarios de todo Egipto.

Muerto su santo director, pasó nuestro Juan cinco años en diversos monasterios dedicado á la mas exacta observancia de todo aquello que podia perfeccionar su virtud. Movido de Dios á vida mas retirada, se fué á una montaña desierta, á dos leguas de Licópolis, y en una peña muy escarpada abrió una celdilla, en la cual se encerró de tal manera, que por espacio de cuarenta años no fué visto de persona alguna sino por una ventanilla que abria muy raras veces.

En esta especie de sepultura vivió nuestro Santo hasta los noventa años de su edad mas como ángel que como hombre. Su comida por todo este tiempo eran las yerbecillas crudas y silvestres, con algunas raices que nacia dentro de la misma gruta; su bebida un poco de agua, y esa con mucha escasez. Apenas interrumpia el sueño su continua oracion, porque era muy poco lo que dormia, siendo tan sublime su contemplacion desde los



primeros años, que gustaba anticipadamente de las delicias del cielo. La afabilidad y la dulzura con que un hombre de tan bajo nacimiento y de vida tan austera recibía á todos los que le buscaban, acreditaban bien que la rusticidad y la severidad importunas son muy ajenas de la verdadera virtud. No había hombre mas apacible ni mas grato que nuestro santo ermitaño; reservando para sí solo la austeridad y el rigor.

Jamás permitió que mujer alguna se acercase á su celdilla. Y á la verdad, había hecho tan dificultosas y aun tan impracticables las sendas, que solamente podían alentarse á vencer tantos estorbos los que le buscaban con deseo ardiente de consultarle sus negocios. Hízose tan público el don de profecía de que el Señor le había dotado, que desde las provincias mas distantes concurrían á consultarle como á un oráculo á quien había colocado Dios en el monte para explicar su voluntad.

Arrojándose sobre las tierras del imperio romano los Etiopes, pueblos bárbaros, y habiendo hecho grandes estragos en toda la Tebaida, el general del ejército romano, hallándose sin fuerzas para resistirlos, vino á consultar con nuestro Santo lo que debía ejecutar. *Ten confianza en el Dios de los ejércitos, le dijo Juan, y no obstante la desigualdad de tus fuerzas, ve á atacar al enemigo, que tú vencerás.* La completa victoria que el general del emperador alcanzó de aquellos bárbaros, acreditó bien la verdad de la profecía.

Consultóle el gran Teodosio sobre el éxito de la guerra que tenía declarada al tirano Máximo, que había quitado la vida al emperador Graciano. Pronosticóle Juan que conseguiría una gloriosa victoria; la que con efecto fué tan completa, y tan á poca costa de sangre, que el piadoso emperador la atribuyó enteramente á las oraciones del bienaventurado Juan de Egipto.

Cuatro años despues, estándose Teodosio disponiendo para vengar la muerte del jóven Valentiniano, á quien el conde Arbogasto había hecho sufozar para colocar en el trono imperial á Eugenio, deseó mucho ver á nuestro Santo. Para este fin le despachó á Eutropio su favorecido; pero por mas que hizo nunca le pudo persuadir á que pasase á la corte. Pronosticóle Juan que el emperador quedaria victorioso; pero que sobreviviria poco á su victoria, como sucedió.

Movidos de la gran fama del Santo, Evagrio del Ponto y seis discípulos suyos desearon pasar á verle; pero aterrados de la escarpada senda que hacia casi impracticable la subida á su celdilla, Paladio como mas mozo y mas práctico se ofreció á trepar él solo á ella, para informarse por sí mismo si era tan gran-

de la santidad de aquel hombre que mereciese vencer tantas dificultades por comunicarle. Subió, pues, y halló cerrada la celda, como lo estaba ordinariamente. Dijéronle que solo se dejaba ver el domingo, y algunas veces el sábado. Esperó todo este tiempo en el hospicio que se había fabricado para los forasteros. Entró el sábado en una especie de claustro, donde vió á muchos solitarios juntos; y descubrió á Juan en su ventanilla, desde donde hablaba á los que se acercaban á ella. Reconoció nuestro Santo á Paladio por monge del monasterio de Evagrio en el desierto de Nitria; y comenzaba á saludarle, cuando interrumpió la conversacion por volverse á hablar con Alipo, gobernador de la Tebaida, que llegó á la sazón. Notó Paladio esta preferencia, y atribuyéndola á especie de aceptación de personas, creyó que Juan no debía ser enemigo de las grandezas humanas. Conoció el Santo lo que pasaba por el pensamiento de aquel monge; y reprendiéndole con suavidad, fácilmente le hizo convenir en que tenía razon en portarse de aquella manera. Despues de haberle alentado en sus trabajos, y fortalecido contra sus tentaciones, disuadiéndole sobre todo del pensamiento que tenía de hacer un viaje á su país, le preguntó como en tono de zumba, si querria ser obispo. Respondió Paladio en el mismo tono, que ya lo era; aludiendo al oficio que tenía en el monasterio de proveedor ó inspector del pan y de los víveres, lo que se llama *obispo* en lengua griega. *¿Y de qué iglesia eres obispo?* le replicó Juan. *De la panera de mi casa,* respondió Paladio. *Tú te zumbas,* continuó el Santo; *pero tú serás obispo, y no tendrás poco que padecer en el obispado. Si quieres evitarlo no salgas del desierto. Cuarenta y ocho años ha que yo no pongo los pies fuera de mi celda; en todo este tiempo no he visto á mujer ni moneda alguna, y no he sentido el mas ligero disgusto.*

Despidióse Paladio de Juan, y bajó á contar á sus compañeros lo que había visto y oído. Subieron todos al instante á ver al siervo de Dios, y á aprovecharse de su admirable doctrina. Fueron recibidos con aquella caridad siempre alegre y siempre urbanísima con que hechizaba á cuantos le visitaban. Conoció con luz superior que el mas mozo de todos era diácono, aunque él por su humildad se lo había ocultado á sus compañeros; y allí mismo sanó á otro de ellos que estaba enfermo. Despues de haber dado orden para que los agasajasen, los entretuvo largo tiempo sobre diferentes puntos de espíritu, especialmente sobre la necesidad que todo religioso tiene de ser humilde.

Refirióles la historia de un solitario, que despues de una vida muy penitente, se rindió de tal manera á las ilusiones del de-



monio, que consintió en pecar con una fantasma que éste le representó en figura de mujer; y en vez de levantarse por medio de la penitencia, se dejó llevar de la desesperación; y abandonando el desierto, se entregó á todo género de disoluciones.

A otro conocí, añadió el Santo, que habiendo sido casi tan miserable como el primero, fué mas prudente. Consintió en algunos pensamientos de vanidad, despues en otros de impureza; y dejó la celda con resolucion de volverse al siglo. Habiendo entrado en cierto monasterio de solitarios, le pidieron éstos que les hiciese algunas pláticas espirituales. No pudo resistirse; y Dios por un efecto bien singular de su infinita misericordia, le movió á él mismo con la doctrina que daba á los otros. Restituyóse á su celda, donde pasó lo restante de su vida en amarga penitencia, y en llorar incesantemente sus culpas.

Poco tiempo sobrevivió Juan á esta visita. Era á la sazón de noventa años, de los cuales habia pasado setenta y cinco en el desierto; y sabiendo por divina revelación el día y hora de su muerte, pidió que en tres días no se le llamase, porque de ninguno se dejaria ver. Pasó todo este tiempo en oración, durante la cual rindió su bienaventurado espíritu en manos de su Criador el año de 394. Encontróse el santo cadáver de rodillas, y fué sepultado con la pompa y con la veneración que acompañan á los santos hasta mas allá del sepulcro; llamándosele comunmente el profeta de Egipto. Su fiesta se celebra en Braga de Portugal, y su memoria es de singular bendición en toda la Iglesia.

*La Misa es de la Dominica precedente, y la oración es la que sigue:*

Oye, Señor, favorablemente  
las humildes súplicas que te ha-  
cemos en la solemnidad de tu  
siervo el bienaventurado Juan,  
para que los que no tenemos

confianza en nuestros méritos,  
seamos ayudados por los de  
aquel que tuvo la dicha de agrada-  
rte. Por nuestro Señor Jesu-  
cristo, etc.

*La Epístola es de la primera del apóstol S. Pablo á los  
Corintios, cap. 13.*

Hermanos: La caridad es pa-  
ciente, es benigna: la caridad  
no tiene zelos, no obra mal,

no se ensoberbece; no es am-  
biciosa, no busca sus propios  
intereses, no se irrita, no

piensa mal de nadie, no se ale-  
gra de la iniquidad, se alegra  
de la verdad; todo lo tolera,

todo lo cree, todo lo espera,  
todo lo sufre.

### REFLEXIONES.

Es cosa bien digna de admiración que siendo tan claro y tan fiel el retrato de la verdadera devoción, que con nombre de caridad cristiana hace aquí el apóstol S. Pablo, haya tantos que la equivoquen y se la figuren muy contraria de lo que es en la realidad.

No hay cosa mas respetable ni mas amable que la verdadera virtud. No es enfadosa, ni rústica, ni desabrida; su aire no es desdenoso, ni austero, ni chocante. No consiste ni en excesos imprudentes, ni en ímpetus de un fervor rígido, seco y displicente. Aborrece toda ostentación y todo fausto. Nada tiene de escrupulosa ni de hazañera; ignora todo artificio mundano; y jamás se desmiente á sí misma.

Enemiga irreconciliable de todo engaño, gana el concepto por la rectitud, y el corazón por la dulzura. Siempre majestuosa en su noble simplicidad, nunca es mas respetable que cuando se muestra mas humilde. Su mérito no depende ni del capricho, ni de las extravagantes ideas de los hombres. Tiene por principio á la sólida piedad, por objeto y único fin á Dios.

Léjos de desviarse por sendas extraviadas que descaminan, ó de dar en ideas presuntuosas que engrien y ensoberbecen, halla siempre en las obligaciones mas comunes del propio estado el camino seguro para arribar á la perfección.

Hácese notorio agravio á la virtud en pensar que es propia de ella la rusticidad; porque ciertas personas que hacen profesión de devotas, son agrestes, rústicas, poco políticas y medio salvajes. La grosería es vicio; luego es incompatible con la verdadera devoción. Es cierto que ésta no afecta ciertos aires de cortesania mundana, que desdican mucho de su sinceridad; pero tampoco omite las mas menudas atenciones. Como siempre obra con circunspección y con exactitud, á nada falta que sea sustancial. No pueden convenir la melancolía y la tristeza á los siervos de un Señor que quiere que le sirvan con alegría.

El justo, dice el Profeta, conserva en su corazón la ley de Dios, y la tiene siempre delante de los ojos. La única regla de su conducta es la voluntad del Señor; el modelo que se propone es Cristo crucificado; el Evangelio es su ley; la vida de los santos su escuela; el ejercicio de las virtudes cristianas todo su



estudio; el pensamiento de la muerte su consuelo; el de la eternidad su empleo; y el del cielo el único objeto de sus fervorosas ansias.

Por este retrato, tan parecido al que hace S. Pablo de la verdadera virtud, se puede conocer lo poco que la convienen aquellos rasgos sombríos con que muy de ordinario se la pinta, para representarla con no sé qué aire melancólico, ceñudo y enfadoso.

A la verdad, no pocas veces se echa mano para hacer el retrato de algunas personas que se llaman virtuosas, de ciertos modales duros é imperiosos, de cierta refinada quinta esencia de amor propio, de un corazón orgulloso, de un genio feroz, intratable y altanero; y otras se pintan como devotas á las que afectan una blandura, una suavidad de acciones y de palabras superficial y postiza; á las que saben mejor disfrazar sus pasiones con cierta máscara de moderación aparente; pero ninguno de estos rasgos tiene lugar en el retrato de la verdadera virtud. ¿Cuándo querrán los mundanos acabar de desengañarse? ¿cuándo serán servidos de hacer justicia á la virtud verdadera, no cargándola con aquellos defectos que observan en los que solo son virtuosos de perspectiva? Entonces verán que no hay cosa mas noble ni mas racional; que ninguna hay mas digna del aprecio y de la veneración de los hombres que una virtud pura, sólida inseparable siempre de la perfecta caridad.

*El Evangelio es del cap. 20 de S. Mateo.*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: He aquí que subimos á Jerusalem, y el Hijo del hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes, y á los escribas, y le condenarán á muerte; y le entregarán á los gentiles para que le escarnezcan, y le azoten, y le crucifiquen, y al tercer dia resucitará.

#### MEDITACION.

##### *De la fuga del mundo.*

**PUNTO PRIMERO.** — Considera que hay entre los cristianos un mundo enemigo del cristianismo; un mundo, que aunque cristiano en la apariencia, aborrece á Jesucristo y á su ley; un mundo cuyo espíritu es contrario al espíritu de Cristo, y sus máximas diametralmente opuestas á las máximas del Evangelio;

un mundo contra el cual todos los santos se han declarado; y un mundo que persiguió á todos los santos. Luego ser de este mundo, y ser del número de los réprobos; amar á este mundo, y declararse enemigo de Dios; tener el espíritu, seguir las máximas de este mundo, y no ser discípulo de Cristo, es una misma cosa. *El que quiere ser amigo del siglo, dice el apóstol Santiago, por el mismo hecho se hace enemigo de Dios.* ¿Pues como es posible celebrar á este mundo, abandonarse ciegamente á este mundo, obedecer sus leyes, seguir sus caprichos sin arriesgar la inocencia y la salvacion?

No por eso se pretende que para salvarse sea menester abrazar el estado religioso, ó meterse á ermitaño. No todos son llamados á estado tan feliz; pero ninguno hay que no esté obligado á mirar con horror al espíritu del mundo, á renunciar sus perniciosas máximas, á huir de lo que Dios aborrece, y á escapar de aquellas concurrencias que están llenas de enemigos de Jesucristo.

A una simple sospecha de contagio quedan desiertas las ciudades mas populosas. Todo se deja, todo se abandona, todo el mundo se retira á la campaña, todos se destierran voluntariamente del comercio, y se van á sepultar en una soledad. El aire del mundo es contagioso; demasiado se sabe. Para preservarse de este contagio un S. Juan y otros tantos santos poblaron los desiertos, y buscaron entre los montes y las breñas asilo seguro á la inocencia. ¿Pero qué se hace el dia de hoy? Todos corren, todos se exhalan por aumentar el gran número de los esclavos del mundo. Se gime, es verdad, bajo la dura opresion de su intolerable yugo; pero al mismo tiempo se ama: quéjense muchos de la pesadez de sus grillos; pero al mismo tiempo los multiplican, y se tendrían por infelices, se desesperarían si los librasen de ellos. Pregunto: ¿tienen juicio los mundanos cuando hablan, cuando proceden así?

**PUNTO SEGUNDO.** — Considera que aquella figura del mundo, que consiste en aborrecer su espíritu, en renunciarle y en no seguir sus máximas, no es puramente de consejo, sino de riguroso precepto. Todo cristiano se obligó solemnemente á eso delante de testigos en la sagrada ceremonia del bautismo. Dijo públicamente que renunciaba la pompa, las vanidades, las máximas, el espíritu del mundo. ¿Y como se observa hoy esta sagrada promesa? Pero ello es cierto que con esta condicion entramos á ser cristianos. Ni la Iglesia nos hubiera recibido en el número de sus hijos, ni Cristo en el de sus discípulos, si no nos hubié-



ramos obligado, si no hubiéramos prometido huir del mundo, renunciar las pompas y las máximas del mundo como incompatibles con las máximas de Jesucristo. ¿Pero se cumple esta promesa? ¿cumplimosla nosotros mismos? ¿es para nosotros como extraño y forastero el espíritu del mundo? ¡Ah, que hierve el cristianismo en mundanos! ¿mas estos mundanos serán reconocidos por cristianos verdaderos? ¡Qué dolor y qué amargura sentiré á la hora de la muerte, cuando se me represente con viveza lo que he sido, y lo que estaba obligado á ser!

Gimo, Señor, cuando reflexiono la tibieza y la frialdad con que os he servido, mientras sacrificué mi salud, mi vida, y aun mi eterna salvacion al servicio del mundo. Recibid, Padre de las misericordias, la palabra que este dia os doy de huir del mundo, y de renunciar sus máximas; y otorgadme la gracia de que la cumpla hasta el postrero aliento de mi vida.

JACULATORIAS. — ¿De qué me sirve ser dueño de todo el mundo, si pierdo mi alma? (*Matth. 16.*)

A mí me sirve de cruz el mundo, y yo sirvo al mundo de cruz. (*Ad Galat. 6.*)

#### PROPOSITOS.

1 El mundo es enemigo de Cristo; luego debe serlo nuestro. ¡Cuántas razones tenemos para considerarle como tal! Húyese de un enemigo de quien se sabe que trama perniciosos designios contra nosotros. ¿Pues con qué cuidado debemos huir del mundo, cuyos artificios tiran á perdersnos? Toma hoy la generosa resolucion de declararte contra el espíritu y contra las máximas del mundo, así como él está abiertamente declarado contra las de Jesucristo.

2 No te contentes con una simple resolucion; ponla en práctica desde este mismo dia. No aparezcas mas en esas grandes funciones, en que el mundo sale á hacer ostencion de toda su pompa y vanidad. Ponte un eterno entredicho á toda comedia y á toda ópera, despidiéndote tambien para siempre de todas las otras diversiones, que son el escollo ordinario de la inocencia. Sea tu traje conforme á tu condicion y á tu estado; pero ten entendido que la modestia cristiana es la gala mas preciosa. Renueva en la misa despues de la consagracion las promesas que hiciste en el bautismo. Haz pública profesion de ser cristiano, y haz una santa vanidad de no ser ya mundano.